

Lo urbano en
su complejidad:
una lectura desde
América Latina

Marco Córdova Montúfar, coordinador

Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: julio, 2008

Índice

Presentación	9
Introducción	
El sentido de lo urbano en América Latina	11
<i>Marco Córdova Montúfar</i>	
I. TRANSFORMACIONES SOCIO-TERRITORIALES EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN	
Globalización, negocios inmobiliarios y mercantilización del desarrollo urbano	37
<i>Carlos A. de Mattos</i>	
Estado, instituciones y desarrollo urbano	65
<i>Ricardo Carlos Gaspar</i>	
O Estado-Nação e as cidades –a redefinição do papel do Estado e a emergência das cidades no cenário internacional– uma questão paradigmática	83
<i>Chyara Sales Pereira</i>	
Lima Metropolitana y la globalización: plataforma de integración subordinada o espacio de autodeterminación en América Latina	101
<i>Roberto Arroyo y Antonio Romero</i>	

II. DESAFÍOS DE LA GESTIÓN URBANA

Repensando las formas de gobierno y gestión pública en grandes ciudades de la Argentina. Análisis en términos de políticas de articulación multiactoral y gobernanza democrática 123
Rodrigo Carmona

Ciudadanos y vecinos: la crisis de la institucionalidad democrática de los Centros Vecinales de la ciudad de Córdoba frente a la complejización del espacio público local 147
Corina Echavarría

As políticas urbanas e o exercício de uma nova esfera pública na gestão das cidades 163
Márcia Helena Batista Costa

Gestão democrática das cidades e a participação dos movimentos sociais urbanos no Brasil 183
Evaniza Rodrigues

PRESENTACIÓN DE CASOS

Gestión comunitaria de los servicios públicos: las mesas técnicas de agua como herramienta para el desarrollo comunitario 205
Maria Gabriela Matos, Unaldo Coquies y Rosa Núñez

Gestión pública e integración urbana: una mirada al programa Bicentenario en Concepción, Chile 221
Alfredo Palacios Barra

Análise da implantação do “Boa-Noite Teresina” como política de prevenção à criminalidade 233
Katherine Lages Contasti Bandeira

III. LO URBANO COMO PROCESO DE COMUNICACIÓN Y APRENDIZAJE

Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad	
<i>Brenda U. Iglesias Sánchez</i>	245
Ciudad, espacio público y comunicación:	
Una reflexión en torno al discurso	
pedagógico de y sobre la ciudad	259
<i>Alexander Buendía Astudillo</i>	
Mediaciones pedagógicas para construir ciudad	269
<i>Nobora Aydee Ramírez y Yolanda Hernández</i>	
La Facultad de Arquitectura de La Habana en la ciudad	289
<i>Eliana Cárdenas</i>	

IV. CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LO URBANO

Velhas fazendas cafeeiras: patrimônio	
e turismo em espaços esvaziados	311
<i>Mateus Rosada y Maria Ângela P. C. S. Bortolucci</i>	
Popayán, entre el tiempo colonial y el tiempo moderno	327
<i>Jose Enrique Urreste Campo</i>	
Sociología, ciudad y política: Cali en los últimos veinte años	321
<i>Francisco Javier Ocampo Cepeda</i>	
Motivaciones para pensar la exclusión territorial urbana	359
<i>María Clara Echeverría R.</i>	

Motivaciones para pensar la exclusión territorial urbana*

María Clara Echeverría R.**

Resumen

El texto aborda las diversas dinámicas de segregación y exclusión que caracterizan la ciudad en el marco de los procesos económicos dominantes en la actualidad. Se hace un acercamiento a la ciudad de Medellín, Colombia, y a los cambios que desde su configuración y ordenamiento territorial han generado diferenciación espacial, social y cultural dentro de la compleja situación de orden público que la ha caracterizado, llegando al momento actual, donde se genera un punto de “quiebre” en el cual los imaginarios de la ciudad empiezan a cambiar.

Palabras claves: segregación, exclusión, ordenamiento territorial, Medellín, imaginarios urbanos.

* Parte de esta reflexión se expuso en la Cátedra Manuel Ancizar (2007): Espacio y territorio, retos en la construcción de la nación colombiana, Universidad Nacional de Colombia (UNAL), Bogotá, Red de Espacio y Territorio (RET), y se complementó para ser publicada por la FLACSO Ecuador.

** Profesora Emérita, fundadora y profesora de la Escuela del Hábitat (CEHAP) y la Maestría en Hábitat, ex-Decana de la Facultad de Arquitectura, UNAL Sede Medellín. Profesora invitada en la Maestría en Didáctica de la Geografía, U. de Antioquia y en la especialización en Estudios Urbanos, U. EAFIT.

Al indagar por la probabilidad de transitar hacia un mundo de múltiples órdenes, que supere el totalitarismo tanto como el comunitarismo cerrado, enunciado por Touraine (1998) en su pregunta por la posibilidad de vivir juntos; siendo conscientes de que su consumación dependería de un muy largo, obstruido e improbable periplo, soñamos con dar un paso hacia un sistema capaz de entender la lógica de sus fragmentos, propiciar la existencia de sus partes y superar sus fracturas; y de lograr la incorporación, coexistencia y realización de los múltiples imaginarios, concreciones formales, experiencias vivenciales y organizacionales de múltiples grupos y etnias que buscan su propia realización cultural, económica, material y política.

La sociedad lleva milenios esculpiendo imágenes de los fantasmas que la acechan y previendo acciones en su contra; y, en ello, ciertos grupos humanos parecieran predestinados a cumplir la función del núcleo donde se agazapan sus propias sombras, aquellas de las que el mundo moderno aspira despojarse. Así, los cuerpos de ciertos grupos humanos terminan marcados, como despreciables, como estigma que se aplica a los grupos sociales más vulnerables, a quienes que confrontan la estabilidad social, cultural o económica o aquellos que desatienden sus normas generales.

Construcciones del *otro*, tras el modelo de ciudad

La Venecia renacentista de fines del siglo XVI produjo el gueto, porque los judíos se ligaban con la enfermedad y la corrupción de sus cuerpos, asociadas a vicios, impureza, suciedad, prostitución y usura (Sennett, 1997: 229-270). En ello se activaba el rechazo y el odio hacia esos cuerpos estigmatizados que resumirían la esencia de lo indeseable, como el centro hacia donde se dirigieron las miradas y las acciones, en contra de los temores que de sí misma tenía la sociedad. “Los venecianos creían que estaban amenazados por la decadencia sensual y trasladaron este desprecio a los judíos” (Sennett, 1997:245).

Según Sennett, en el gueto veneciano, la diferenciación y las razones de diferenciación de los judíos no obedecían a la vulnerabilidad económica y política sino, en buena parte, a razones socioculturales; pues las con-

diciones económicas de los judíos no constituían un punto débil y, al contrario, su solvencia económica era necesaria para el desarrollo veneciano. Así, eran precisamente las diferencias sociales, culturales, morales y religiosas las que se observaban como indeseables, pues la particular relación estética de los judíos con el cuerpo y el espacio confrontaba el mundo, la mitología y la cosmovisión venecianas.

A diferencia de nuestro caso que la discriminación afecta barrios viejos, deteriorados, precarios o populares y grupos de escasos ingresos, desplazados por la violencia, afectados por desastres, migrantes, campesinos, informales, venteros ambulantes, refugiados, desplazados, recicladores, prostitutas, travestis, mendigos, vagos, deambulantes, etc., en el caso veneciano, los estigmas, la coerción, el acoso y el control no sólo, ni necesariamente, afectaba hábitats y habitantes de más bajos ingresos o en condiciones sociales vulnerables, sino que afectaba lugares y grupos a los cuales la sociedad les teme porque confrontaban social, estética o moralmente el establecimiento. Como plantea Sennett, con los judíos del gueto, la sociedad podía convivir e incluso realizar intercambios, transacciones y recibir sus servicios, pero a su vez, frente a ellos se establecían límites, precisando muy bien las márgenes entre lo compartido y lo rechazado. Ello podría asociarse a otras subjetividades y territorios temidos por la sociedad, que configuran esos *otros* vistos como extraños que amenazan lo establecido, como las tribus urbanas¹ (Maffesoli, 1990), grupos juveniles, rockeros, punks, skates, homosexuales (Correa, 2007), travestis, etc. y los sectores de la ciudad ocupados por éstos.

Tales imágenes satanizadas, a la par que buscan controlar lo indeseado pretenden realizar las imágenes de aquella ciudad deseada, emergiendo de la mano de los proyectos de modernización urbana. Marshall Berman (1991) remite a cómo en el siglo XIX, con las transformaciones parisinas de “finales de la década de 1850 y a lo largo de la de 1860” se rompieron las apretujadas de barriadas que se amalgamaban confrontando al establecimiento, para abrirle paso a una ciudad penetrable, transparente, visible, nítida y controlable, bajo el propósito de reactivar económicamente la ciudad; y para el siglo XX se establecería definitivamente el gran proyec-

1 Término cuestionado por algunos.

to de urbanización soportado en la explotación la rentabilidad del suelo urbano.

“Georges Eugène Haussmann, prefecto de París y sus aledaños (...) abría una vasta red de bulevares en el corazón de la vieja ciudad medieval. Napoleón y Haussmann imaginaban las nuevas calles como las arterias de un nuevo sistema circulatorio urbano. Estas imágenes, típicas en la actualidad, en el contexto de la vida urbana del siglo XIX resultaban revolucionarias. Los nuevos bulevares permitían que el tráfico circulara por el centro de la ciudad, pasando directamente de un extremo a otro, lo que hasta entonces parecía una empresa quijotesca y prácticamente impensable. Además, derribaban barrios miserables y abrían un pulmón en medio de una oscuridad y una congestión asfixiante. Estimularían una enorme expansión del comercio local a todos los niveles, contribuyendo así a sufragar los enormes costes municipales de la demolición, las indemnizaciones y la construcción. Apaciguarían a las masas dando empleo a miles y miles de trabajadores (...) generarían miles de nuevos puestos de trabajo en el sector privado. Finalmente crearían corredores anchos y largos por los que las tropas y la artillería podrían desplazarse efectivamente contra las futuras barricadas e insurrecciones populares” (Berman, 1991:149-150).

Era evidente la tensión que se gestaba, y continúa dándose, entre el proyecto urbano como totalidad y el proyecto de sus fragmentos, es decir, de los distintos hábitats o formas de habitar que conformaban la ciudad. La búsqueda del beneficio general, en adelante, se convertirá en argumento de las grandes intervenciones que muchas veces favorece la especulación inmobiliaria, en vez de propender por una utilización social del suelo urbano que favorezca los sectores y grupos vulnerables y las minorías no representadas. Aquí surge la necesidad de indagar por un concepto afinado, desde la filosofía política, sobre la idea de que “el bien colectivo prima sobre el individual”; la cual frecuentemente se esgrime para decidir en muchos conflictos sobre proyectos urbanos, en lo cual se termina otorgando ventajas funcionales e inmobiliarias para el sector privado en detrimento de otros. Precisamente, tal argumento puede implicar un sofisma cuando aquello que llega a beneficiar en ciertos aspectos a un mayor número de habitantes no necesariamente logra

fundar procesos sociales equitativos, justos y plurales, como lo buscaría el marco constitucional. El riesgo consiste en confundir los criterios cuantitativos con los sociales, siendo frecuente que proyectos que benefician un número significativo de habitantes (por ejemplo un proyecto vial) tengan impactos socialmente negativos, menguando sistemas de vida de grupos humanos vulnerables, inhabilitando el logro de metas sociales centrales como la igualdad y la equidad. Queda planteada así la discusión sobre cómo correlacionar la democracia de mayorías con la democracia que reconoce las minorías, lo cual a su vez se liga a la conocida tensión entre democracia representativa y democracia participativa.

“La nueva construcción echó abajo cientos de edificios, desplazó miles de personas, destruyó barrios enteros que existían hacía siglos. Pero abrió la totalidad de la ciudad, por primera vez en su historia, a todos sus habitantes. Ahora, finalmente, era posible desplazarse no sólo dentro de los barrios, sino a través de ellos. Ahora, después de siglos de vivir como una yuxtaposición de células aisladas, París se estaba convirtiendo en un espacio físico y humano unificado” (Berman, 1991:150).

Frecuentemente las ciudades entran, consciente o inconscientemente, en procesos de deslegitimación, olvido y depreciación de ciertas áreas urbanas y, con el paso del tiempo, ante su degradación y deterioro, encuentran argumentos y justificaciones para que, mediante la desmembración final del tejido social y espacial de ciertos grupos, se lleve a cabo la integración de sus tierras al proyecto urbano formal y a la reconquista de su renta económica o política; lo cual por lo general va de la mano de grandes proyectos de intervención urbana.

“Louis Chevalier, (...) hace una descripción atrozmente detallada y penosa de los destrozos a que fueron sometidos los viejos barrios del centro en las décadas anteriores a Haussmann: bombardeo demográfico, que duplicó la población mientras la edificación de viviendas de lujo y edificios de gobierno reducía considerablemente el parque total de viviendas; desempleo masivo recurrente, (...) terribles epidemias de tifus y cólera (...). Todo esto sugiere por qué los pobres de París, que tan valientemente lucharon

en tantos frentes durante el siglo XIX, no opusieron resistencia a la destrucción de sus barrios; es posible que estuviesen deseosos de irse, como en otro contexto dice Baudelaire, a cualquier otro sitio fuera de su mundo” (Berman, 1991:150).

Aquel proyecto del París universal para todos se construía a costa de la destrucción de muchos hábitats que sostenían la existencia de miles de seres. Los beneficios de oportunidad serían recogidos a veces por algunos de los mismos pobladores afectados, en lo cual, quienes vivían bajo condiciones indignas terminaron subvalorando sus propios sistemas culturales y aspirando a pertenecer a los dominantes; dentro de la típica relación de integración al proyecto de modernización. La institucionalidad, la estética formal y el propósito macro primaban sobre la mirada de lo real que había en las particularidades humanas y, en tal sentido, ante los grandes impactos que el proyecto reportaba para la ciudad en general, poco importaban sus impactos sobre seres precisos.

“Al lado del resplandor, los escombros: las ruinas de una decena de barrios céntricos –los barrios más antiguos, oscuros, densos, ruinosos y aterradores de la ciudad, el hogar de decenas de miles de parisinos– arrasados. ¿A dónde irían estas personas? A los encargados de la demolición y la reconstrucción no les preocupaba especialmente. Estaban abriendo al desarrollo nuevas y amplias vías en los márgenes del norte y el este de la ciudad; mientras tanto, los pobres se apañarían, de algún modo, como siempre lo habían hecho” (Berman, 1991:152).

Paradójicamente la pretensión de desaparecer los sectores más despreciados de la ciudad llevó a evidenciarlos socialmente. Tal fenómeno remite a pensar en la ciudad de Medellín casos como el *del Barrio Guayaquil*, el barrio central histórico más importante, donde estaban el mercado, la estación de trenes, la llegada de buses intermunicipales y la plaza de Cisneros. Cuando éste fue cercenándose gradualmente por obras viales y entró en abandono por las dirigencias, dejó de ser un lugar mixto socialmente, y quedó en esencia ocupado por comerciantes que se mantuvieron y aquellos habitantes de muy bajos ingresos, dando lugar al aumento de ofertas de prostitución, reciclajes, inquilinatos² o alojamiento de habitan-

tes de la calles, albergaron incluso casos gravísimas situaciones sociales y de drogadicción, como el de Las Cuevas (teniendo un caso similar con El Cartucho en Bogotá). En ello, sus habitantes antes invisibles cuando permanecían en sus propios territorios, ante ciertas intervenciones urbanas se hicieron visibles, se expandieron o fueron expulsados a ocupar nuevos territorios de la ciudad (sin que realmente su condición social fuese mejorada).

“Esta escena primaria revela algunas de las ironías y contradicciones más hondas de la vida moderna en la ciudad. En el marco de toda la humanidad urbana una ‘familia de ojos’ extensa, hace aparecer también a los hijastros abandonados de esa familia. Las transformaciones físicas y sociales que quitaron a los pobres de la vista ahora los traen de nuevo directamente al campo visual de todos. Haussmann, al destruir los viejos barrios medievales, rompió inadvertidamente el mundo herméticamente sellado y autoexcluido de la pobreza urbana. Los bulevares, al abrir grandes huecos a través de los vecindarios más pobres, permitieron a los pobres pasar por esos huecos y salir de sus barrios asolados, descubrir por primera vez la apariencia de su ciudad y del resto de la vida. Y, al mismo tiempo que ven, son vistos: la visión, la epifanía, es en ambos sentidos” (Berman, 1991:153).

En el siglo XX, el drástico cambio sufrido en Nueva York entre los decenios del 20 y el 60, liderado por Robert Moses, profundizó el proyecto racionalista de modernización, de apertura y conexión de la ciudad y hacerla más veloz, mediante grandes autopistas y flujos vehiculares, también a expensas de muchos sectores que albergaban grupos humanos económicamente vulnerables.

“El talento de Moses para la crueldad extravagante, junto con su brillantez visionaria, su energía obsesiva y su ambición megalomaniaca, le permitieron labrarse a lo largo de los años, una reputación casi mitológica. Se le veía como el último de una larga serie de constructores y destructores titánicos en la historia y la mitología cultural: Luis XIV, Pedro el

2 En Colombia equivale al conventillo en Uruguay, al tugurio en Ecuador o a la vecindad en México.

Grande, el barón Haussmann, José Stalin (aunque fanáticamente anticomunista, Moses era muy aficionado a citar la máxima estalinista: ‘No se puede hacer una tortilla sin romper huevos’) (Berman, 1991:308). Durante diez años, desde fines de los cincuenta hasta mediados de los sesenta, el centro del Bronx fue machacado, perforado y aplastado. Sin embargo, al final –después de cuarenta años– la leyenda que cultivara contribuyó a acabar con él: le acarreó miles de enemigos personales (...) A finales de la década de 1960 lo consiguieron finalmente: Moses fue paralizado y privado de su poder de construir” (Berman, 1991:306 y 308).

Tanto en París como en Nueva York, el modelo de ciudad fue impulsado por hombres que ejercían poderes desorbitantes, expresado en un urbanismo fundado en un claro desprecio no sólo hacia los hábitats, formas de vida y prácticas de los grupos más pobres de la ciudad hacia sus habitantes, como seres humanos.

“Sobre la actitud de Moses hacia la playa, un colega suyo, Frances Perkins, señaló: ‘atacaba a la gente humilde de una manera terrible. Para él eran personas despreciables y sucias que tiraban botellas por todo Jones Beach. ‘¡Se van a enterar! Les voy a enseñar!’ ...Ama a la gente pero no como pueblo’³. En particular, Moses intentó mantener a los negros fuera de Jones Beach, como de los parques públicos que creó, por considerarlos especialmente sucios” (Sennett, 1997:386-387).

La subvaloración y la pretensión de eliminar aquello que se enjuicia como atrasado, derivado expresamente de las instituciones del desarrollo, se perpetúa y difunde, mediante la comparación engañosa de las culturas populares frente a lo que se dice moderno, provocando una reacción social adversa hacia quienes se les asigna la condición pre-modernas, considerándolos como obstáculos en el camino del progreso. A tal grado que incluso los propios grupos tildados de tal condición y vulnerados por las acciones de modernización desean insertarse en su trama, llegando incluso a deslegitimar ante sí y ante otros su propio mundo. “Moses estaba des-

3 Citado por Sennett así: Citado en Robert Caro, *The power broker* (Nueva York: Knopf, 1974: 318).

truyendo nuestro mundo, y sin embargo parecía estar actuando en nombre de los valores que nosotros habíamos abrazado” (Berman, 1991:309).

Si bien la modernización en las ciudades latinoamericanas y al interior de cada país fue distinto (ejemplo, Santiago y Buenos Aires difieren sustancialmente de las ciudades colombianas, o éstas de las venezolanas, mexicanas o centroamericanas) en general, durante la segunda mitad del siglo XX, se produjo una notoria transformación de sus estructuras urbanas por la aceleración en sus procesos de urbanización, industrialización y crecimiento urbano. La planeación urbana ocupó un papel preponderante, persiguiendo metas modernas mediante la adopción de modelos foráneos fundados en nociones del funcionalismo: zonalidad, estratificación, fluidez vial, etc. A partir de allí, en Colombia se agudizaba el conflicto entre las expectativas de la ciudad planificada y la acelerada densificación y expansión derivada de las dinámicas de desplazamiento y del crecimiento del propio proceso poblacional. Frente a tal desfase, las formas de resolución oscilaron entre: promoción de normas y leyes inhibiendo tales desarrollos⁴; persecución, acoso y expulsiones forzadas, contra las ocupaciones ilegales⁵; reconocimiento a dichos procesos y acompañamiento a las ocupaciones⁶; legitimación de la autoconstrucción y apoyo al mejoramiento, rehabilitación y consolidación⁷; y búsqueda de su desaparición, a través del cambio de usos del suelo y la recuperación de la renta urbana, aumento de gravámenes prediales y de servicios o de renovación urbana⁸. “Hacia 1880, el modelo de Haussmann era generalmente aclamado como el modelo mismo del urbanismo moderno. Como tal no tardó en ser impuesto a las ciudades que surgían o se extendían en todos los rincones del mundo, desde Santiago a Saigón” (Berman, 1991:151).

4 Como por ejemplo: el establecimiento de perímetros urbanos, o la emisión de la Ley 66 del 68 que consigna la ilegalidad de la venta de terrenos sin urbanizar.

5 La historia está plagada de desalojos forzados en asentamientos ocupados mediante tomas de tierra.

6 Grupos políticos tanto como religiosos actuaron en tal dirección.

7 Para los años 80, la autoconstrucción y el mejoramiento empiezan a verse como opción para la acción estatal (ver a John Turner, y en Colombia las políticas de dicha década).

8 Siendo una práctica de ordenamiento territorial ligada al propósito de la competitividad.

Obviamente, el proyecto de modernización plasmado en nuestras ciudades no corresponde formal ni estructuralmente con los modelos de Haussmann ni de Moses, en su espacialidad, trazado y morfología, sin embargo, hay valoraciones asociables frente a la segregación socioespacial de la ciudad.

Desde mediados de siglo, Medellín se insertó en su proceso de configuración espacial desde un esquema segregacionista: desarrollándose diferencialmente desde dos polos que se pueden esquematizar así: en el norte los sectores de más bajos ingresos y en el centro y sur los sectores de más altos ingresos y representativos de la sociedad y la dirigencia local; configurando un imaginario desde el cual lo segundo sería digno de considerarse ciudad en razón a sus cualidades urbanísticas y lo primero “no sería digno de ello”. Tal división recae también sobre los habitantes, quienes se significan como quienes son o saben ser ciudadanos y quienes “no lo son” o “no lo saben” y son vistos como incivilizados o campesinos aún no integrados.

Los hábitats en uno de los extremos se ha significado como “no ciudad” y sus habitantes como “no ciudadanos”, siendo subvalorados tanto por lo que ocurre en su interior como con sus relaciones y filtraciones hacia el escenario más amplio de la ciudad. Su ejercicio espacial y forma de vida grupal es subvalorada, su presencia es rechazada y sus prácticas, usos y formas de apropiación, interacción y expresión en el espacio de la ciudad son cohibidas. Así, quienes “no siendo ciudadanos o no sabiéndolo ser” terminan sometidos por las reglas de la onda civilizatoria, absorbidos en un esquema de marginalidad y exclusión, que moviliza el proyecto de modernización dando preeminencia al espacio representativo, la fluidez vial y el control formal y del uso que sería el adecuado para el espacio público; en lo cual se invisibilizan, desconocen, e incluso se ultrajan, los órdenes individuales y culturales de los habitantes.

Reiterando que no deben forzarse comparaciones entre las estructuras urbanísticas (morfológicas, tipológicas, tecnológicas, de organización de actividades y del espacio, etc.) de nuestra ciudad con las europeas o norteamericanas, a lo que llevamos con su ejemplificación es a ver cómo el proyecto urbano prioriza y decide actuaciones, materialidades y concreciones formales y funcionales sobre el espacio urbano; en cuyo caso el mo-

delo o la estructura de sociedad se conecta con el modelo o estructura espacial, como pares sinérgicos, y el propósito de lo uno se soportaba en el de lo otro, yendo sus acciones de la mano.

En nuestro caso la discriminación social se concreta desde la discriminación espacial, en el ámbito público tanto como en el privado, llegando incluso a agudizarse, por ejemplo, en el espacio familiar, con el modelo de urbanización y de vivienda para los grupos de menores ingresos, mediante la minimización de áreas y la restricción tecnológica, hasta el punto de congelar de por vida la posibilidad de crecimiento, densificación y explotación de la renta urbana y de realización de actividades económicas en su propio hábitat. La planeación y el diseño profundizan el conflicto social urbano desde la aplicación de supuestos esquemas de “inclusión”, en lo cual, en lugar de reconocer la diversidad de formas de vida de los habitantes en el espacio, se genera segregación, exclusión y negación del ser y de su derecho a aprovechar socialmente el espacio urbano. Muchas veces los modelos de regulación del espacio desde su intención ordenadora o higienista tienen como trasfondo el deseo incontenible de control sobre los otros; guardando poca distancia con los discursos moralizantes que llegan a alimentar, en sus niveles más fanáticos, las llamadas limpiezas sociales⁹. Así, “el terreno para la guerra está preparado de antemano por parte de los mecanismos de inclusión y exclusión de los sectores de la sociedad, aparentemente ajenos y propiciadores de paz, vida decente, urbanidad”¹⁰.

Cómo entendemos...

Interesa indagar sobre el sentido asignado a ciertos asuntos, en la construcción de imaginarios y discursos sobre los otros, pues frecuentemente se van perfilando visiones hegemónicas sobre los problemas, desconocien-

9 Así se nombran popularmente los actos de control, agresión y eliminación violentos que ciertos grupos ejecutan contra personas o grupos que consideran negativos; por ejemplo contra grupos juveniles, homosexuales, mendigos, prostitutas, etc. conexos con fanatismo por xenofobia, homofobia u otros.

10 Notas de Javier González, antropólogo, miembro del grupo de investigación Vivienda y Ambiente, CEHAP.

do valoraciones que daría otras comprensiones sobre nuestro mundo urbano. Algunos de los asuntos a indagar se refieren a: pobreza y violencia; progreso y desarrollo; igualdad, inequidad e iniquidad; homogeneidad y heterogeneidad; diversidad e interculturalidad; conflicto, consenso y disenso; migrantes, desplazados o extranjeros.

Frente al desarrollo, se requiere revisar el paradigma del progreso y el crecimiento económico, desde el cual el mundo real aparece desajustado frente a sus idearios, e indagar concepciones sobre un desarrollo no convencional (Escobar, 1996; Múnera, 1994 y 2007). Frente a la pobreza, Escobar alerta sobre cómo la fuerza de las interpretaciones oficiales ha conducido a subvalorar los sistemas culturales de los grupos económicamente vulnerables. Por su parte, se advierte sobre la inconveniencia del modelo integracionista (Cortina, 1999) que pretende que los otros renuncien a sus formas culturales, reemplazándolas por el modelo hegemónico. En cuanto a la diversidad y la desigualdad, frecuentemente se confunde el propósito de lograr equidad eludiendo la diversidad y pretendiendo homogenizar de plano las distintas formas de vida. Si la diferencia no sólo remite a lo cultural sino que a su vez es construida socialmente (Ortiz, 1998), ésta conlleva elementos culturales tanto como económicos y políticos, lo cual exige entender la simultaneidad: enfrentar la desigualdad, proteger las diferencias y encarar la interculturalidad. Es común que reconozcan las diferencias como desigualdades a borrar o invisibilizar, induciendo prácticas excluyentes, de guetificación o de despojo de aquellas formas de vida que se tildan de atrasadas para someterlas al modelo hegemónico. Frente al conflicto, consenso y disenso (Hoyos, 2000), muchos esfuerzos institucionales sobre el proyecto colectivo urgen por lograr el consenso, obviando o invisibilizando diferencias, desigualdades y contradicciones, con lo cual se evade la naturaleza conflictiva en las relaciones entre las muy distintas lógicas e intereses de los actores sociales, que mueven los distintos poderes; frente a lo cual el autor destaca la necesidad de construir una relación entre consenso y disenso.

Al leer la relación entre conflicto y desigualdad suelen inferirse relaciones de causalidad y efecto poco adecuadas, desde donde se derivan orientaciones políticas, actuaciones específicas y prácticas intencionadas, en muchas esferas frente al mundo que construimos: social, económico, cul-

tural, político, espacial, material, cognitivo, pedagógico, etc. De un lado, las interpretaciones sobre el mundo terminan siendo determinantes en la orientación de las políticas, acciones y prácticas socioculturales y en el manejo de recursos, la disposición material y la organización social del espacio; entonces la percepción, la memoria, los imaginarios, los miedos y las pasiones que soportan tales interpretación terminan siendo altamente significativos. Del otro, es igualmente importante el enfoque desde el cual se produce el auto-reconocimiento por parte de los mismos habitantes y comunidades, en cuyo caso es clave como realizan la exploración, observación, descripción, interpretación, análisis, deducción, teorización, experimentación, innovación y actuación sobre los mundos propios.

Pobreza: ¿un concepto empobrecido?

Desde las invenciones de la pobreza y del Tercer Mundo de Escobar y la resignificación del desarrollo de Múnera, se convoca a una reflexión crítica sobre el concepto donde inscribimos nuestro juicio sobre lo pobre y sobre lo desarrollado, conducido generalmente por un paradigma de sociedad ideal desde el cual se avizoran las nuestras como sociedades incompletas. Hemos transitado desde la noción de países subdesarrollados hacia la de países en vía de desarrollo sin ningún cambio sustancial de enfoque, pues ambas implican la pretensión de alcanzar un modelo al cual todas las sociedades deberían llegar algún día (modelo, por lo demás, productor de grandes desequilibrios sociales y ambientales). En medio de las desigualdades entre países y a su interior, el reto sería reconocer y construir una base conceptual sobre cuáles son aquellas diferencias que forman parte de la desigualdad, iniquidad, sumisión y regulación hegemónica y cuáles las que forman parte de la identidad, del derecho a ser lo que somos y a realizar nuestros proyectos de vida. Se trataría de indagar nuevas categorías para despojarse de los juicios estéticos, sociales y culturales que contribuyen a ampliar más la brecha entre las fuerzas hegemónicas y los grupos no reconocidos.

Si bien el uso de indicadores universales ayuda a visibilizar un panorama sobre las diferencias frente a determinados asuntos, entre distintos

países o entre distintos grupos sociales y, en cierta medida, puede contribuir a evidenciar desigualdades; todavía debe hacerse una revisión cuidadosa sobre las lecturas planas a las que suelen conducir tales ejercicios; pues, a la par, ello generalmente conduce a ratificar el modelo hegemónico desde el cual se establecen metas para la sociedad planetaria, desde sus concepciones de desarrollo. Así, se establecen metas desajustadas frente a los sentidos cosmogónicos, culturales, sociales, tecnológicos y territoriales de la mayoría de las poblaciones del mundo, soportadas sobre ilusiones como la de la calidad de vida material, el consumo, el progreso, el orden y el crecimiento económico. En ello surgen preguntas como: ¿desde dónde, quiénes y con qué visión se define ese deber ser, hacia donde se pretende llegar, y con ello si estamos en el camino de lograr nuestra realización individual tanto como colectiva?

¿Combatir la pobreza supone superar la desigualdad y propender por la diversidad y la equidad? En términos sociales, utilizar la expresión pobreza puede ser bien intencionado, pudiendo movilizar la vocación solidaria y cierta tranquilidad interna cuando se la aplica. Sin embargo, políticamente la noción de desigualdad es más aguda, la cual tiene dos entradas, una más convencional, cercana a la misma idea de pobreza, y la segunda con más dientes, que no sólo se refiere a comparar las condiciones de dos o más grupos sociales (usando muchas veces los mismos indicadores de pobreza) sino a las diferencias entre las condiciones de realización de sistemas socioculturales de grupos (o individuos) y sus causas, que en sí mismos son distintos.

En tal caso, no sólo se trataría de descubrir las diferencias económicas entre quienes ostentan mayores y menores ingresos¹¹ en la ciudad sino, además, de descubrir cuáles son los factores que reproducen tal desigualdad y las posibilidades de reconocimiento, expresión, permanencia, sostenibilidad y crecimiento de los diferentes sistemas cosmogónicos (mitológicos, rituales, estéticos, creativos, técnicos, funcionales, sociales, políticos, etc.) y de su comunicación para co-participar dentro de un sistema múltiple y plural. Obviamente, ello supondría la coexistencia democrática

11 Según estudio de Naciones Unidas, América Latina, Colombia y Antioquia son, respectivamente, el continente, el país y la región de dicho país, más desiguales.

ca en un mundo de múltiples órdenes, donde realizar lo múltiple sea posible en términos no violentos; en sustitución del modelo actual, donde lo diverso y los fragmentos que constituyen el mundo real coexisten es bajo términos de agresión.

Pobreza, violencia y riqueza

Precisamente ahora, cuando UN-Hábitat propuso como lema “una ciudad segura es una ciudad justa”, es central definir conceptual y políticamente cómo entendemos el problema de la seguridad; pues dentro de sus preocupaciones emerge la relación pobreza-violencia¹².

Como argumento para dirigir las intervenciones de la sociedad en pro de un mundo más equitativo frecuentemente se esgrime una relación directa entre pobreza material y violencia; y se justifican intervenciones sociales hacia los grupos de menores ingresos para lograr el clima social de la paz esperado. Sin embargo, tal formulación implica señalar como causalidad aquello que es mero efecto de las fuerzas que generan violencia: desequilibrios entre los poderes internacionales, inadecuada gestión de diferencias políticas, narcotráfico, delincuencia organizada, desequilibrios en la distribución social de la riqueza, etc. De allí que, además de ser injusta, agrega un nuevo factor de estigmatización y exclusión hacia estos grupos sociales intensificando el daño ya causado. Al señalar los grupos sociales estratificados por sus precarias condiciones económicas como causantes de uno de los males más temidos en las ciudades contemporáneas: la violencia urbana, se los construye como el enemigo, propiciando el escenario ideal para movilizar las fuerzas ordenadoras en la ciudad hacia el debilitamiento de sus tramas de vida. Así, en lugar de atacar las causas estructurales de la violencia, frecuentemente se termina atacando a

12 La seguridad es hoy preocupación internacional. La Dirección Ejecutiva de la Oficina Regional para América Latina centró su interés sobre: delincuencia, violencia, acoso, violación, prostitución, embarazo juvenil, jóvenes en estado de pobreza, etc.; y sobre el terrorismo, la fuerza de la seguridad privada y parapolicial y el debilitamiento del Estado. Estos tres últimos tocan nuestro país asociado a narcotráfico, paramilitarismo y guerrilla, los cuales afectan nuestras cotidianidades regionales y urbanas y las relaciones con buena parte del mundo.

quienes son sus víctimas, deslegitimando y desconociendo su existencia y su derecho a realizarse y coexistiendo con su persecución y eliminación.

Al respecto se requiere transponer la mirada para indagar cómo la riqueza se relaciona causalmente con la violencia y preguntarnos por la profundización en las distancias entre adinerados y empobrecidos y su relación con: las prácticas de exterminio político; el establecimiento de condiciones de concentración, expoliación, marginamiento y empobrecimiento; la extensión de poderes y defensa de intereses y su relación con prácticas de violencia e intimidación, corrupción, narcotráfico y delincuencia organizada, etc. En sentido inverso, sería preciso preguntarnos cómo ha contribuido la riqueza en la estructuración de un sistema que busque nivelar las oportunidades para que las diversas etnias y formas de vida que componen nuestros países, nuestras regiones y nuestras ciudades logren su realización; e indagar sobre las implicaciones de la comunicación entre riquezas y pobrezas, poderes y contrapoderes, dominaciones, subyugaciones y subversiones, control de recursos y distribución de oportunidades.

“Qué es el neutralismo: La convivencia pacífica entre especies diversas. En la sabana por ejemplo (...) conviven ñus, cebras, gacelas y avestruces. Ñus y cebras mordisquean la hierba, por lo que deberían entrar en competición: sin embargo los ñus muerden las partes altas y tiernas de las hierbas, mientras las cebras, con sus robustos incisivos, arrancan las partes inferiores, más coriáceas. (...) Todos estos animales, por tanto, aunque pastorean en el mismo prado, comen cosas diversas y no se molestan unos a otros” (Sala, 1992:59).

En el orden de la naturaleza, bajo el equilibrio de las especies y las cadenas alimenticias, el asunto no plantea grandes contradicciones éticas e incluso de manera racional estamos tranquilos con la ley del más fuerte y la idea de los nichos ecológicos, desde la cual cada especie se relaciona con una función, referida a su hábitat, sin que se compita por el cumplimiento de tales roles. Mas en el orden humano, el fenómeno no puede entenderse desde allí, pues ningún grupo tendría que someterse a mantenerse en un nicho constante de subyugación o de menor posibilidad de acceso

a los recursos; y, además, cuenta con memorias y cosmovisiones desde las que se ubica en el mundo y se proyecta de forma constructiva creando sus propios marcos de significación y deseo, razón por la cual no tendría por qué limitarse a determinado nicho preestablecido por el establecimiento.

Progreso y desarrollo

Las diversas interpretaciones sobre el desarrollo llevarían incluso a preguntarse por la conveniencia del mismo término. Sin pretender revisar los distintos enfoques del desarrollo¹³, sólo señalaremos el riesgo de confundir crecimiento económico y progreso con desarrollo, cuando se aparea el deber ser de la realización de una sociedad y sus sujetos con el paradigma económico y su linealidad técnico-funcionalista. Lo que es central es revisar hacia qué tipo de sociedad apunta el paradigma del progreso que se pretende universalizar, desde el cual se soporta el cúmulo de demandas sociales, culturales, estéticas, funcionales, económicas y tecnológicas que se le reclaman a nuestros países, para que logren su estadio de desarrollados; exigencias que a su vez, en nuestros países, se les trasladan a muchos grupos vulnerables de la sociedad, al designárseles como atrasados, proponiendo para ellos igualmente sistemas de vida discordantes tanto con sus realidades, recursos, prioridades y capacidades, como, sobre todo, con sus formas de concepción del mundo y prácticas del habitar. El imaginario del progreso corresponde con su propósito hegemónico, desde lo cual lo que esté por fuera de éste termina siendo subestimado y visto como objeto de caridad, o satanizado y visto como fenómeno frente al cual hay que protegerse e incluso defenderse.

El marginalismo y la oposición desarrollo-subdesarrollo fácilmente llevan por el camino de las buenas malas intenciones que pretenden “enganchar a todos en su proyecto, buscando sacar a ciertos grupos humanos de su estado de incultura, atraso e incivilidad, proponiéndoles la renuncia a sus sistemas culturales, valorativos, estéticos, espaciales, técnicos y funcionales. Obviamente, en una sociedad excluyente y desigual, existen desfa-

¹³ Ver a Múnera (1994 y 2007) y Escobar (1996).

ses en las oportunidades de realización para muchos grupos humanos tienen. Pero al pretender embarcar homogéneamente a todos en el carro del progreso, se parte de suponer que muchas culturas y grupos étnicos del planeta están en un error histórico y, sobre dicho supuesto, no quedaría más alternativa que la de desconocer aquellos sistemas cosmogónicos, lógicas y racionalidades que se aparten de los idearios progresistas”. Nuestras ciudades reales, conformadas por sus fragmentos, donde se expresa una multiplicidad de órdenes culturales, sociales, estéticos, económicos, espaciales e incluso políticos, deben contar con un proyecto donde prime “el reconocimiento y potenciación de distintos sistemas de vida en el espacio urbano” (Echeverría, 2003) que no sólo se permita la sobrevivencia sino que se promueva la realización de sus distintos órdenes.

Igualdad, inequidad e iniquidad

La manera como se entiende la desigualdad es clave en estos asuntos pues, si bien en ciertas interpretaciones implica la intención, a veces loable, de nivelar a todos, su concepción podría también apuntar a su *igualación* en términos de la homogenización. Mientras el proyecto del progreso pretende universalizar la forma de vida moderna por encima de cualquier diversificación y heterogeneidad posibles, paradójicamente, tal igualación se ha fundado en la perpetuación de las desigualdades. En tal sentido, la igualdad debe perfilarse desde la noción de igualdad de derechos, oportunidades y acceso a instrumentos para realizar la diversidad de sistemas cosmogónicos, en sustitución de la pretensión de perpetuar el actual sistema de igualación dentro del modelo hegemónico de vida, que mantiene la desigualdad de oportunidades, marginando o aplastando aquellas formas de vida humana, hábitats, hábitos, rituales que no correspondan con su proyecto de progreso. Se propendería entonces por una igualdad de derechos para realizarse desde lo diverso y no por una igualación hegemónica en la cual se sufre de iniquidad e inequidad, vulnerando el derecho que tenemos a ser particulares.

Homogeneidad o heterogeneidad

Nuestras ciudades, embarcadas en su modernización funcional y espacial, provocadas por la exigencia de competitividad del mundo globalizado, han intensificado su propósito de ordenar su territorio. Desde razones políticas, asociadas a la función social del suelo se busca controlar los usos, actividades, estéticas y funcionamientos de los espacios urbanos; desde razones sociales se busca recuperar el espacio público para fines colectivos representativos; desde razones culturales y de identidad de ciudad se enuncian visones de ciudad supuestamente particulares pero que, paradójicamente, resultan similares: equitativas, saludables, sostenibles, seguras, justas, lúdicas, culturales, turísticas, etc.; y desde razones económicas se buscan ciudades atractivas para la inversión y recuperar la renta urbana mediante el desarrollo de obras estructurantes útiles a las demandas productivas y de servicios del ámbito internacional.

La planeación de los años 1950 en Medellín se movió con auge, siguiendo la industrialización y la acelerada urbanización, incursionado en funcionalmente en la estructuración vial y el sentido maquínico y representativo de la ciudad. Ya para las décadas de 1970 y 1980, podríamos decir que la planeación entró en cierto estado de latencia, sin lograr impactar realmente las dinámicas urbanas y estando un tanto a la zaga de lo que sus procesos poblamiento iban jalando; para luego, a fines del siglo XX y comienzos del XXI, resurgir con fuerza como discurso y práctica políticas público-privadas, acompañándose con la globalización y los cambios de sentido exigidos a la ciudad y la región; apuntalándose en la sustitución del método del planeamiento técnico que se centraba sobre lo físico por la planeación estratégica y el ordenamiento territorial.

La competitividad, la atracción de inversiones y la vocación de servicios emergen de la mano de un nuevo funcionalismo, que entra a dominar las formulaciones arquitectónicas y espaciales: la ciudad asume ahora el reto de hacerse necesaria dentro del sistema económico global dando prioridad a otro tipo de obras. Para ello busca reforzar su oferta de servicios e infraestructuras viales, de transportes y comunicaciones y ampliar la oferta de espectáculos atractivos para el turismo, como centro de oferta de atractivos urbanos; el espacio público, apuntalado en el discurso de

la calidad de vida, entra a concebirse como proyecto fuertemente ligado a la competitividad y al establecimiento de nuevas espacialidades representativas; e incluso se busca correlacionar la sostenibilidad con el discurso del crecimiento económico, encajando con las fuerzas dominantes de la época, perdiendo enfoques ambientales más cercanos a nuestras realidades.

En tal juego, la ciudad intenta posicionarse dentro de las cosmovisiones de la globalización económica, en cuyo caso pierden prelación otras perspectivas como la de una ciudad constituida desde sus diversos sistemas de hábitats que tejen relaciones de sobrevivencia y sostenibilidad local; o la de la ciudad como escenario de tránsitos interculturales con el exterior y a su interior; o la de una ciudad modesta que se liga a sus procesos y hechos en curso, primando la distribución de oportunidades sobre lo representativo y la expresión del poder.

En el proyecto de modernización de cara a la globalización económica, que se refuerza con la planeación, la perspectiva heterogénea no parece tener cabida, salvo cuando se la mira reducidamente como riqueza folclórica, como otro divertimento para las excentricidades de la demanda global. En tal sentido, el camino por recorrer es largo y arduo frente a un nuevo imaginario por construir, un nuevo proyecto político a diseñar y una nueva gestión de ciudad constituida desde sus particularidades frente a las otras y desde su heterogeneidad interna.

Diversidad: ¿inclusión o reconocimiento?

Es preciso diferenciar el sentido social de la equidad dentro del proyecto que gira sobre un sólo orden civilizatorio, hegemónico, de aquel sentido que tendría dentro de un proyecto fundado desde múltiples órdenes, que giraría sobre un sistema de órdenes coexistentes horizontalmente relacionados; cuya diferencia radica en el enfoque frente a la incorporación de las diversidades.

“...al caer la noche se corría el cerrojo en sus puertas, se cerraban los postigos de sus casas, y la policía patrullaba el exterior.

En esta campaña moral para reformar la ciudad tiene su origen el plan del gueto. Al segregar a aquellos que eran diferentes, para no tener que tocarlos ni verlos, los padres de la ciudad tenían la esperanza de que la paz y la dignidad regresarían a su ciudad” (Sennett, 1997: 232-233).

Al interior de un mismo grupo humano, que se supone homogéneo porque no se hallan grandes diferencias geográficas o raciales, de hecho hay matrices y rasgos socioculturales que diferencian sus miembros, relativas a cualidades socioculturales, tales como el género, la generación, la procedencia, el credo, el proyecto de vida, el perfil existencial, etc.; socioeconómicas, tales como la condición material, la inserción institucional, el control y acceso a recursos, el capital, los medios, la actividad y renglón laboral, etc.; y sociopolíticas, tales como la ideología, el proyecto social, el partido y la organización, etc. Adela Cortina formula con agudeza su reflexión sobre la interculturalidad:

“Los procedimientos ensayados para organizar las diferencias culturales componen una escala, cuyo peldaño inferior es el multiculturalismo radical, que se pronuncia por una política de *apartheid*, al estilo de Sudáfrica, y el siguiente es el asimilacionismo de mayor o menor calado. Las políticas de *apartheid* abogan por la separación de los diferentes grupos culturales, que viven en distintos lugares, incluso físicos, mientras que la asimilación de las culturas relegadas a la dominante ha sido el modo habitual de proceder con los grupos inmigrantes, a los que se les pide abandonar la propia cultura y adoptar la del nuevo país. Así funciona el *melting pot* de Estados Unidos, consistente en la fusión de grupos culturales diversos. Esta fusión, según Roosevelt, se produjo desde 1776 hasta 1789, de forma que la nacionalidad norteamericana queda conformada definitivamente en un solo tipo con el hombre de la época de Washington”¹⁴ (Cortina, 1999:179-180).

De lo anterior se infiere cómo, bajo argumentos sutilmente cercanos al propósito de garantizar la coexistencia y el desarrollo de las diferencias, la multiculturalidad ha sido explorada y asumida esencialmente desde pers-

¹⁴ Cortina (cita 89) alude a Will Kymlicka (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós: 30, nota 30.

pectivas que tienden es al control y a la desaparición de las diferencias, así como de los diferentes; y, en lugar de propiciar la realización de lo múltiple, lo que se propicia es una unificación, integracionista, de la diversidad dentro de una única totalidad que la eclipsa.

Conflicto, consenso y disenso

Paz no significa ausencia de conflicto y una perspectiva que aporte a fundar la construcción democrática debe trabajar no sólo sobre el consenso sino sobre el disenso como hecho potencial con capacidad constructiva. A pesar de nuestra experiencia acumulada por vivir en un país en guerra, aún no hemos logrado construir un proceso que asuma con rigor y disposición política los conflictos territoriales en la ciudad, para hacer de ello una oportunidad para dirigirse hacia su resolución pacífica. “La relación entre consenso y disenso debe ser pensada con especial cuidado. Absolutizar el consenso es privar a la moralidad de su dinámica, caer en nuevas formas de dogmatismo y autoritarismo. Absolutizar el disenso es darle razón al escepticismo radical y al anarquismo ciego” (Hoyos, 2000:104). “En el momento que tanto la comunicación al servicio del consenso, como el contrato social mismo tiendan a absolutizarse, se corre el peligro de que en aras del consenso o de las mayorías se niegue la posibilidad del disenso y los derechos de las minorías” (Hoyos, 2000:101).

Hasta ahora, los procesos urbanos de planeación estratégica y de ordenamiento territorial han buscado cumplir las exigencias normativas de la participación en la planeación pero, a pesar, de ello falta mucho camino para lograr relaciones adecuadas en el manejo entre conflicto, disenso y consenso. Se esgrime que a la planeación no le compete el ámbito de los acuerdos políticos que corresponden a otras instancias de gobierno. Sin embargo, ésta no escapa de formar parte de los conflictos territoriales pues su misma gestión puede provocarlos, detonar, agravar, evitar o resolver muchos de ellos. Si la planeación se dice a sí misma que ha cambiado, por ejemplo con los enunciados de la planeación estratégica, dado que con su naturaleza concertada y móvil para asumir las incertidumbres y cambios contemporáneos, entonces a ésta sí le compete vérselas con el

conflicto como factor clave de transformación social. De otra parte, en nuestra realidad nacional, es perentorio que todo actor social dirija estratégicamente sus acciones para apuntalar su acercamiento a la paz en los ámbitos que le conciernan, en cuyo caso asumir el conflicto si es de su competencia, tanto referidos a los que vive como los que sus mismas acciones causan.

Al revisar cómo se ha dado la comunicación entre actores en recientes procesos de planeación en Medellín se descubre, como debilidad, su dificultad para asumir conflicto y disenso como bases para fundar el consenso (Echeverría, 2002) y para generar concertaciones con fuerza política. A pesar de los esfuerzos institucionales y de algunos actores por hacer de los procesos de planeación espacios de consenso, en sus urgencias por enunciar acuerdos no se ha logrado establecer un esquema ni un proceso de comunicación profundo, donde se pongan sobre el tapete y en juego las diferencias y conflictos entre los distintos actores con sus imaginarios, intereses, poderes, acciones y prácticas. Precisamente la debilidad radica en que con la urgencia por llegar al consenso se evade el conflicto y el disenso. Si no se tiene la capacidad política para reconocer colectivamente las diferencias, disputas, contradicciones, pugnas y oposiciones que enfrentaban los distintos habitantes, grupos y actores sociales frente al destino de la ciudad, no se tendrá la posibilidad de entrar en un proceso real de negociación, concertación y compromiso; y los compromisos sobre el papel no lograrán fundar socialmente los acuerdos ni avanzar en su defensa.

“El consenso fundado en la negación del conflicto y en la disolución del sentido de los intereses particulares aparece como camino equivocado. En su lugar, es preciso asumir las diferencias y los conflictos como punto de partida para lograr acuerdos estructurales y sostenibles. El afán por llegar a acuerdos en la planeación, funda su comunicación en la desaparición de las diferencias e invisibiliza los núcleos centrales de desacuerdo y conflicto, en lo cual, en lugar de garantizar un fin exitoso en materia democrática, los conflictos se mantienen en estado de maduración, pudiendo explotar de forma imprevista y causar impactos mayores. Así como es preciso identificar núcleos de convergencia, también se requiere superar la lógica de negación o posposición de los problemas. Llegar a consensos

sólidos exige lograr que se pongan las cartas sobre la mesa de manera transparente, lo cual demanda una alta capacidad política para manejar el disenso, y que los diversos actores comprendan la perspectiva del otro, divergente y oponente, tanto como los beneficios sociales de sus esfuerzos y concesiones” (Echeverría, 2002: 66).

Migrantes, desplazados o extranjeros en su país

Las ocupaciones de terrenos, a partir de los años 1980 hasta la fecha, con fluctuaciones en su magnitud, presentan nuevas y peores condiciones para el desenvolvimiento de los asentamientos populares: Se encuentran ahora con una ciudad de mayor complejidad, la cual, aunque podría tener mayor capacidad para asimilar su población y no obstante su tamaño, es impactada de forma notoria por las dinámicas de sobrevivencia que obligatoriamente surgen de tal condición, así no sean visibilizadas ni asumidas social e institucionalmente. Los nuevos pobladores encuentran hoy un contexto urbano diferente al de mediados del siglo pasado: aquella estructura espacial, económica y de producción que venía transitando desde la mediana ciudad industrial de los años 1960, que en parte incorporaba nueva mano de obra no especializada (en fábricas, construcción, explotación de materiales, etc.), ahora, en el contexto de globalización económica, cambia en vocación, reorientándose hacia el comercio y los servicios (su máxima expresión se cristaliza en cierre de fábricas textiles y metalmecánicas, extrema multiplicación de centros comerciales, de servicios, de negocios e incursión de almacenes de cadena extranjeros y nacionales); en cuyo caso esta nueva ciudad ya no es propicia ni ofrece oportunidades laborales adecuadas a la naturaleza del conocimiento técnico de la población que recién se le incorpora.

Las precarias condiciones de llegada de los desplazados por el conflicto nacional y la agudización del conflicto intra-urbano derivaron en un problema muy diferente al vivido durante la urbanización de los años 1950 a 1970, expandiendo ahora aún más la brecha y profundizando la desigualdad y el abandono no sólo por parte del Estado sino, ahora sobre todo, por la sociedad en su conjunto. Se constituyeron enormes globos

territoriales, habitados bajo condiciones inconexión, exclusión y mayor estigmatización social y física, con bajísimas condiciones de habitabilidad y graves desigualdades y muy escasos procesos de comunicación, solidaridad y articulación organizativa entre la sociedad local y ellos. Las diferencias son enormes, sobre todo al confrontarse con los nuevos desarrollos tecnológicos, formas de vida urbana y estéticas de una ciudad que ha sido llevada a transformarse dentro del contexto de mundialización de la cultura y globalización económica, como aluden varios autores, que ha venido incursionando en nuevas formas de consumo de productos, de información y de ofertas culturales y lúdicas y, sobre todo, de los nuevos espacios de la ciudad competitiva, adecuada al turismo, los negocios y el espectáculo. Estos nuevos habitantes urbanos, que llegan buscando refugio en la ciudad, sufre desbalances mayores, evidenciándose más sus diferencias, desigualdades y otredades. Su condición de vulnerabilidad es fácilmente traslúcida y contrasta, tanto desde el simple contacto directo con otros habitantes urbanos como al encarar las formas de vida que circulan en los medios televisivos y telemáticos, las diferencias tecnológicas, las proyecciones de los discursos institucionales que idealizan el orden, la modernización y la ciudadanía competitiva, y aquellas rutinas ciudadanas contemporáneas de consumo de productos y espacios que cumplen un papel central en las representaciones sociales de inserción social que se hacen los mismos habitantes.

Este problema de reconocimiento, inclusión social y superación de la desigualdad de desplazamientos que no se originan exclusivamente en causas locales, desborda a los municipios receptores y, como tal, exige ser asumido causal y resolutoriamente desde un esquema de intencionalidad, inversión y gestión aliada en coordinación y coparticipación nacional-regional-metropolitana-municipal. El drama acumulado es aún desorbitante, y continúa, tanto por la magnitud del sometimiento, las frustraciones y las profundas pérdidas humanas impuestas por los poderes armados; como por las múltiples implicaciones que crea la condición de desesperanza para los desplazados, en la cual se funda una auto-imagen de arriados en su propio país, desde la cual llegan a la ciudad pretendiendo su protección; y porque, en medio de su incertidumbre, para el desplazado es casi certera su visión de que la restitución de su calidad de sujetos, en

el más profundo sentido (Correa, 2007) de su existencia simbólica, física y material y la recomposición del desmembramiento de sus tramas familiares, grupales, sociales, económicas y territoriales, no tenderá hacia su reconstrucción sino hacia su debilitamiento, durante al menos más de una generación.

Estos habitantes urbanos no pueden despojarse fácilmente de su condición de desplazados, de migrantes, de campesinos, de desarraigados, la cual cargan por años, porque sus miedos se suman al hecho de ser sujetos del estigma y el rechazo, impidiéndoles mostrarse transparentemente en la ciudad y porque su sola condición genera prejuicios sociales, como karmas, desde los que se los perpetúa como aquellos *otros* extraños, lo cual se expresa en enunciados como: qué harían, quiénes son, a qué grupo armado pertenecen, por algo será, van a dañar esto, qué mal arrastran hacia la ciudad...

Sin desconocer la importancia de las políticas de retorno y de restitución de sus derechos en su lugares de origen; la razón para reconocerlas no puede centrarse sobre el desequilibrio demográfico sino, en esencia, sobre la libertad que debe garantizarse a los ciudadanos colombianos, a todo lo largo y ancho del país, frente a la restitución de los daños, la recomposición de sus relaciones sociales y territoriales, la tranquilidad emocional, el impacto positivo sobre la calidad de vida de las víctimas y la reconstitución de sus tramas de hábitat; lo cual para muchos puede implicar hacer “borrón y cuenta nueva”, permanecer en el nuevo lugar y construir otros territorios. Organismos que trabajan sobre desplazamiento plantean que es preciso restablecer las condiciones para el retorno, la seguridad de tenencia o permanencia y los procesos socio-culturales y productivos, bajo condiciones de mejoramiento sostenible de condiciones; en cuyo caso, ello alude a superar aquellas indignas condiciones de salida de poblaciones que venían obligadas a aceptar o estaban acostumbradas a precariedades y controles sociales que son inimaginables para quienes habitamos la ciudad. De allí que, cuando tales condiciones no existan o el sujeto en su íntimo fuero no desee retornar, no debe forzarse a ello y menos mediante la negación de sus derechos en la ciudad o cerrándole su paso de ingreso e incorporación a ella.

Mientras muchos desplazados no buscan retornar sino permanecer en la ciudad, con su propósito de constituirse legítimamente en ciudadanos

de la misma, la ciudad les trata como “inmigrantes sin permiso de residencia” o “con permiso de tránsito” instando a su retorno, aunque ellos vengan permaneciendo por años en la ciudad. Si bien es cierto, el problema de la difícil situación para los municipios receptores, también lo es la obligación de abordarlo desde el reconocimiento de los desplazados como sujetos de derecho y ciudadanos en pleno ejercicio, como nosotros, de su derecho a la ciudad y a la vivienda. Tal entrada lleva a partir del respeto de su estatus de colombianos y a defender su derecho a optar libremente por residir en cualquier lugar del territorio nacional; como se lo respeta a quienes migran a cualquier municipio o capital a establecer sus familias, sus actividades laborales o sus ejercicios políticos¹⁵.

Conflictos frente al espacio en la ciudad

Esbozaremos un resumen de conflictos territoriales en Medellín que reclamarían una adecuada orientación frente a los puntos enunciados (Echeverría, 2003), muchos de los cuales son tan recurrentes o tan viejos que se van instaurando como guerras intestinas, nunca resueltas, entre grupos sociales, o de grupos de pobladores frente al establecimiento, acumulando significativos impactos sociales, ambientales, económicos, culturales, espaciales. Nos hemos acostumbrado tanto a los conflictos, que su perpetuación cuenta con el olvido colectivo o el silencio; y su resolución se produce sin que medien mecanismos de acercamiento y concertación entre las partes. En muchos casos la acción directa termina constituyéndose en una práctica acostumbrada o, lo que es peor, validada, tendiendo a configurarse en norma de actuación, con la complacencia de ciudadanos, dirigentes y fuerzas de la ciudad.

“...violencia o intimidación física, política, económica o simbólica por parte del Estado, de particulares o de organizaciones –armadas o no– que resulta efectiva al forzar prácticas sociales, culturales, espaciales o económicas de ciertos grupos que se ven obligados a actuar en contra de su pro-

15 Pero la mentalidad ordenadora y de control poblacional llega a ser tan fuerte que hemos oído la idea de impedir la llegada de nuevos habitantes a determinados municipios.

pia voluntad, de sus convicciones, de sus intereses y de sus gentes; limitando, vulnerando o destruyendo sus sistemas referenciales frente a los espacios de la ciudad donde solían establecer sus propias formas de vida, y llegando al abuso o atentando contra su vida y seguridad. Los grupos humanos implicados, a diferencia de una guerra en sentido estricto, no cuentan con capacidades similares de enfrentamiento, sino que hay francas diferencias en sus fuerzas. Tales confrontaciones casi crónicas, se modo de *guerras intestinas*, se han sostenido en el tiempo y constituyen en un viejo campo de lucha social dentro en la ciudad al cual se le ha negado su resolución por vía democrática” (Echeverría, 2003: 231).

Lo anterior se suma a las presiones del conflicto armado y sus efectos de retroalimentación, marcando categóricamente la vida cotidiana y social en ciertos territorios de la ciudad, al gestar “nuevas normas de comportamiento social, reglas de desplazamiento en el espacio, polarizaciones sociales que transforman el uso y las percepciones sobre los espacios”.

Conflictos entre lo micro, local, regional y global

Muchos sectores o barrios de la ciudad se ven sometidos a la acción de fuerzas, externas a ellos mismos, que confluyen en el mismo espacio y tiempo, transformando las lógicas internas de dichos territorios. Tales fuerzas proceden de “distinto orden (económico, cultural, social, político, cotidiano...), distinto carácter (estatal, privado, comunitario, privado, armado...) y distinta escala (global, [internacional], nacional, regional, local, micro)” (Echeverría, 2003:233).

Desde los años 1980, fuerzas derivadas de las acciones del narcotráfico, nacional tanto como internacional, así como de grupos armados como bandas, milicias, delincuencia organizada, guerrillas, autodefensas, se fueron asentado en la ciudad, marcando de manera notoria partes de las Zonas Nororiental y Noroccidental, de la Comuna 13 y de otros municipios, modificando sus relaciones sociales y culturales, sus actividades, sus lógicas de circulación y sus formas de vivir sus espacios. Tales territorios constituyeron un escenario particularmente propicio para que se alberga-

ran allí los conflictos y acciones directas, inscritas en la polarización y la violencia política que ha embargado a Colombia y, en particular, a Antioquia; así como las acciones de bandas, en ocasiones vinculadas a organizaciones más amplias, y de milicias inicialmente como respuesta internas de auto protección ante su inseguridad. Tal concentración sobre ciertos territorios no implicó que otros territorios de la ciudad, más tradicionales y consolidados social y espacialmente, estuviesen exentos de tales tensiones o de albergar, incluso, sus dirigentes; pero la fragilidad en los soportes de sobrevivencia local en los primeros, la falta de oportunidades y de bases sólidas en el sistema de relacionamiento social y la ausencia de institucionalidad pública, social y privada crearon condiciones favorables para el accionar de dichas fuerzas. Territorios que espacial y vivencialmente venían configurándose desde ejercicios micro-territoriales cotidianos muy elementales, explicados desde sus lógicas de sobrevivencia, fueron atravesados por fuerzas y ejercicios de territorialización desde otras lógicas como la del aprovechamiento y dominación del accionar delictivo y de los móviles armados. Así, mientras para unos éstos eran sus territorios, donde construían sus tramas de vida cotidiana, para otros eran los territorios para expandir su poder social, económico, político o armado, constituyendo así un conflicto entre sus órdenes lógicos. En ello, obviamente, la resolución de las contradicciones no se dio a partir de una comunicación horizontal sino totalmente jerárquica, fundada en la imposición de unos y la subyugación de otros.

Tal yuxtaposición entre las lógicas armadas y las lógicas cotidianas de los habitantes generaba una difícil situación para los actores internos ligados al desarrollo comunitario y territorial, quienes se movían con dificultad en medio de la fuerza dominante impuesta por las armas sobre las prácticas comunitarias organizadas y las prácticas cotidianas.

Para la institucionalidad, este aún es un escenario por desentrañar, pues la escala micro ya no es la escala en la que se mueve la gestión del territorio como tampoco radica allí la viabilidad de un proceso de concertación, llevando a que puedan ser más determinantes incluso gestiones que competen a escalas del orden regional, nacional o internacional, de acuerdo con sus implicaciones en cada territorio, que las propias del mismo territorio barrial o de comuna, por ejemplo.

De otra parte, la tensión local-global remite a pensar en cómo la demanda global por la competitividad sobre lo local presiona por la ejecución de grandes proyectos de desarrollo territorial y atracción de inversiones, apareciendo megaproyectos, comunicaciones, aeropuertos, transporte, vías, hidroeléctricas, sistemas viales, túneles, museos, equipamiento turístico y comercial, etc., donde el poder tecno-económico externo termina impactando sustancialmente las lógicas económicas y sociales de poblaciones enteras.

Desfase entre el orden normativo y el real

Las pugnas de los ciudadanos por existir en determinado lugar y desde una trama de espacios y por subsistir de la ciudad sobrepasan todo intento institucional por controlarlas, negarlas o exterminarlas. Hace más de 50 años que evidenciamos tal desfase, agravado en los años 1950 a 1970 con la fuerte ola migratoria y el acelerado proceso de urbanización y nuevamente a partir de la crisis de fines de los años 1980 asociada a la violencia por narcotráfico, guerrillas, paramilitarismos y milicias, hasta el presente, en medio de la polarización política y continuación del conflicto armado, y a sus consecuencias de desplazamientos forzado e intra-urbano. La ciudad ha venido sometida simultáneamente a aquellas fuerzas reales que expresan sus demandas por sobrevivir en y de la ella, provenientes de los desplazados y de los grupos de más bajos ingresos, sobre los que recaen los impactos de la crisis socioeconómica; como sometida a las fuerzas de modernización y ordenamiento territorial lideradas desde el Estado y del mercado. Si un orden niega la posibilidad de vida entonces la vida se impondrá sobre el orden pretendido propendiendo por un nuevo orden, inmerso en otras lógicas, en otros códigos valorativos, en otros impulsos vitales, en otras estéticas, en otras espacialidades y en otros sentidos frente a la razón primaria que debe tener un territorio (Echeverría, 2003).

Aquí aparece uno de los conflictos intestinos ligado al derecho a sobrevivir en y del espacio de la ciudad, encontrando controversia, estrategias y oposición por parte de la institucionalidad y el sector privado, en cuanto a la forma como asumen a los habitantes que viven de la ciudad en con-

diciones precarias, el desempleo, el empleo informal, las ventas ambulantes, la sobrevivencia en y de la calle y el derecho al trabajo y al espacio público. Mientras por lo general la visión oficial se ha orientado al control, la vía de la realidad se impone y termina por ablandarla o por evidenciar la imposibilidad de regular sobre las realidades de la vida misma.

Igual desfase ocurre entre al sector inmobiliario y las normativas de vivienda, que aprovechan al máximo el suelo minimizando los lotes y las viviendas e inhiben los usos mixtos, entrando en contradicción con las estructuras familiares, necesidades y prácticas de los habitantes y con las lógicas fluctuantes de sus economías; desfase que es más grave para las comunidades de escasos ingresos, que son quienes más requieren del espacio para generar una economía propia. La minimización a grado sumo de la vivienda, característica de las actuales ofertas estatales y privadas de vivienda, congela de por vida la explotación económica de la renta urbana para sus habitantes (siendo explotada totalmente y por única vez por los urbanizadores y propietarios), pues el tamaño del inmueble impide que éste se pueda densificar, crecer, subdividir o ampliar a futuro para albergar nuevos procesos y actividades económicas de soporte para las familias.

Con las demandas de la nueva ciudad competitiva resurge el proyecto urbano ideal, que no se detiene ante aquellos grupos vulnerables que han logrado construir y sostener sus sistemas de vida, en tanto hábitats, en el espacio de la ciudad; afectando sectores donde el intercambio y la socialización en el espacio han sido soporte esencial para sobrevivir, en su hábitat; como aquella “trama espacial en la que se desenvuelve la vida, se crean rutinas, se establecen formas de sobrevivencia, redes de socialización, prácticas culturales, soportes materiales y económicos, etc.” (Echeverría, 2003).

Desestabilización espacial, tramas del hábitat afectadas y reconfiguraciones futuras

A futuro se preciso investigar cuáles son los factores de inestabilidad y sus lógicas territoriales, cómo se desarticulan las tramas del hábitat, cómo se reconfiguran las tramas del hábitat, y reconocer alternativas para su prevención y manejo. Recordemos algunos factores e impactos señalados en una

ocasión anterior (Echeverría, 2003): violencia interna en barrios o sectores urbanos: fraccionamiento socioespacial, desestabilización del poblamiento, desocupación de viviendas, depreciación económica y social de asentamientos y deterioro de ingresos familiares; desplazamiento forzado externo e interno, masivo o a cuentagotas: desestabilización de sistemas de vida humana que afecta las estructuras espaciales y el parque habitacional y las condiciones de vida; y conflictos entre habitantes asentados y nuevos pobladores; territorios urbanos como soporte de la acción armada: imposición de lógicas de guerra sobre lógicas naturales del hábitat humano, alteración del orden funcional, simbólico y social; reacciones sociales y comportamientos individuales frente al conflicto armado: encerramiento, protección, falta de diálogo, negación del otro, satanización, autodefensa, limpieza social, exclusión, violencia; proyectos de modernización y competitividad privilegiando propósitos macro sobre micro: conflictos por uso del suelo, urbanismo descontextualizado, agravamiento de la crisis social, impacto sobre grupos vulnerables y sobre la trama de vida cotidiana; urbanizaciones cerradas y enclaves, 'auto-guetificación' y 'guetificación': espacio sin sentido público, límites al intercambio generacional y social, construcción de los otros como amenaza e imaginarios como: individualismo, miedo, seguridad, élite, exclusividad, estigmatización, marginamiento y exclusión.

En relación con los impactos de la crisis económica en el espacio, encontramos factores e impactos como: filtraciones negativas en sistema de vivienda, proceso regresivo: demanda de vivienda de más baja calidad y más alto precio y costo localización, sobrevivencia de destechados en el centro; conflictos en el espacio público: desempleo, informalidad y sobrevivencia copan espacios y escenarios, conflictos entre: control, permisividad y realidad, comercio formal e informal, lúdica, subsistencia y sobrevivencia, fluidez, nitidez y abigarramiento; deterioro de sectores urbanos y baja capacidad del espacio para aportar a la sostenibilidad económica de su población: desinterés por consolidación del patrimonio espacial, debilitamiento de su economía y del tejido sociocultural de hábitat, la rentabilidad inmobiliaria busca renovar versus propender por mejorar, rehabilitar y sostener sus hábitats.

En relación con la tensión de los espacios, entre lo interno y lo externo, ante fuerzas regionales, nacionales o internacionales que desestabili-

zan hábitats alterando su sentido endógeno, encontramos factores e impactos como: conflicto nacional, internacionalizado como narcotráfico o terrorismo: fraccionamiento microterritorial, alteración de prácticas cotidianas y afectación física; demandas de la globalización, macroproyectos, proyectos infraestructura: impacto sobre las lógicas económicas y sociales locales; expansión del centro hacia periferias, expansión de periferias hacia el centro: umbral atractivo y de alta tensión, el centro representativo incorpora terrenos valorizables y amplía su significación simbólica mientras la periferia se ve acosada por ampliar y desplegar su actividad económica; modernización sobre centralidades tradicionales con hábitats deteriorados: menoscabo o desmembramiento de viviendas y de la significación social, económica o política de los hábitats, de su memoria colectiva y su sentido funcional; guetos conectados nacional e internacionalmente, redes delincuenciales, narcotráfico o actores armados que operan en lo micro: las fuerzas externas normatizan el sentido micro, la cotidianidad, hábitos o rutinas, intimidan y cooptan.

Frente a la modernización del centro, acciones institucionales niegan, contradicen o eliminan lógicas reales, encontramos factores e impactos como: centro urbano en modernización en medio de conflictos y pobreza: Centro regulado versus centro practicado por estratos medios y bajos y por desplazados, masiva demanda para sobrevivir, comercio o servicios no formales o informales, manejo contradictorio entre protección y atropellos frente a habitantes en tales actividades; presión sobre lugares puntuales y específicos donde sobreviven grupos humanos: con marginamiento radical y alta degradación humana, vistos como desechables, acciones urbanísticas, policiales, acoso, persecuciones, desalojos o desplazamientos obligados de habitantes de la calle, chatarreros, recicladores, ambulantes, mendigos, niños y jóvenes trabajadores, prostitutas.

Visto el panorama anterior, quedan esbozadas algunas tensiones por el espacio de la ciudad, con respecto de las cuales deberíamos sondear la validez del rastreo conceptual inicialmente trazado, tomando como perspectiva el derecho a la ciudad. Al respecto, sería indicado indagar estrategias para deconstruir y reconfigurar imaginarios, idearios y políticas con el fin de elaborar nuestras imágenes sociales sobre los habitantes de la ciudad y los proyectos de ciudad.

De no avanzar en nuevas visiones sobre cómo lograr una sostenibilidad que se pregunte por la base social misma, probablemente no sólo mantendremos las tensiones actuales sino que iremos por el camino de su profundización y de la inviabilidad social del mejoramiento de las condiciones de existencia en nuestras ciudades. Asunto que, en nuestro país en conflicto armado, se liga no sólo a exigencias de corte ético para la planeación y el urbanismo sino que encierra e implica toda una gama de derechos: económicos, sociales y culturales, tanto como humanos y humanitario.

A modo de cierre

Indiscutiblemente, el momento actual de Medellín se nos representa desde el quiebre abrupto en la tendencia en que venía inscrita, pues lo que viene sucediendo nos muestra ahora este territorio como posibilidad y no como calamidad. Tal hecho es positivo, tanto por lo que real y objetivamente está ocurriendo como por lo que subjetivamente nos ocurre a nosotros, sus habitantes. Siendo demostrables muchas de las valoraciones que se hacen sobre los cambios vividos de la ciudad, hay otras estimaciones no demostrables que se refieren a las sensaciones o emociones que aquí acontecen, como fenómeno psicosocial, pues venimos en el proceso de cambio de nuestra auto-imagen, para nosotros mismos y sobre cómo nos sentimos ante los demás, e igualmente desde afuera venimos siendo observados con ojos diferentes. Lo anterior es importante, en tanto el territorio no sólo se construye física, social y políticamente sino también desde sus memorias e imaginarios y tal construcción no sólo se produce desde dentro del mismo territorio sino desde afuera de éste (Echeverría y Rincón, 2000). Tal cambio de imaginario finalmente afecta las prácticas cotidianas, las relaciones sociales e institucionales, que para nuestro interés sobre el habitar son centrales.

A diferencia del período entre los años 1980 y buena parte de 1990, cuando la ciudad estaba sumida en varias violencias cruzadas y en el pesimismo, hoy vivimos un sentimiento de posibilidad que debe aprovecharse como presente y hacia el futuro. No obstante, debemos ser cuidadosos y evitar que nuestro deseo de desencadenarnos del pasado no nos lleve a invisibilizar realidades tan crudas como las que aún permanecen.

De un lado, si bien el proceso de mejoramiento y transformación de la ciudad, liderado por el actual gobierno municipal con la participación de organizaciones y líderes vinculados desde fines de los años 1980 a construcción del tejido social, apunta a consolidarse con la elección del próximo alcalde¹⁶, tal transformación aún no es tan firme como para constituirse en una tendencia de la ciudad, y más cuando la esfera municipal en nuestro país está atravesada por factores de desestabilización tan categóricos como los del conflicto armado nacional y de la globalización.

Del otro, en un momento visualizado tan positivamente, debemos indagar por el estado de cosas en la ciudad y de valores de sus habitantes y por si ha sido posible, o no, desatar una perspectiva para el desenvolvimiento sostenible de oportunidades frente al hábitat urbano, cuáles vacíos tenemos y cuáles problemas sociales son recurrentes, siguen agravándose o no muestran perspectivas claras. Referido ello, por ejemplo, a la desigualdad socio espacial, a la incorporación de nuevos habitantes urbanos con bajísimo reconocimiento social y precarias condiciones de equidad, al acorralamiento de los grupos vulnerables en medio de la pujanza de las nuevas formas de urbanización, y al estigma y la exclusión de muchos de nuestros habitantes.

Lo anterior exige identificar, valorar y analizar nuestra ciudad no sólo desde sus logros sino desde sus problemas acumulados, recurrentes o nuevos y desde los vacíos, fracasos o tendencias negativas, lo cual no siempre, ni necesariamente, depende de la gestión municipal sino de fuerzas globales, nacionales, regionales y de otras fuerzas locales (económicas, sociales, políticas, culturales, delincuenciales, etc.) y de las memorias, imaginarios e intereses que se afincan espacialmente porque encuentran este territorio como estratégico para sus propósitos; entrando en confluencia o en conflicto con los mismos actores y habitantes municipales, sean ellos gubernamentales, políticos, privados, comunitarios o armados¹⁷. Queda así, aún, mucho camino por seguir andando... (Serrat).

16 Sergio Fajardo Valderrama (Alcalde 2003-2007) y Alonso Salazar (Alcalde 2008-2012), ambos del movimiento "Compromiso Ciudadano".

17 Estos actores han sido determinantes en Medellín, a diferencia de otros países y ciudades, donde los grupos y controles territoriales armados no suelen tener tal impacto.

Bibliografía

- Berman, Marshall (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Santafé de Bogotá: Siglo Veintiuno Editores.
- Correa M., Guillermo (2007). “Del rincón de la culpa al cuarto oscuro de las pasiones – Formas de habitar la ciudad desde las sexualidades por fuera del orden regular”. Medellín: Colección Maestría 4. Ed. Maestría en Hábitat, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.
- Cortina, Adela (1999). *Ciudadanos del mundo: hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Ed. Alianza Editorial.
- Echeverría, María Clara y Análida Rincón (2000). *Ciudad de territorialidades: polémicas de Medellín*. Medellín: Serie Investigaciones 22, Centro de Estudios del Hábitat Popular CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.
- Echeverría R., María Clara (2002). “Re-pensar lo estratégico desde la comunicación”. En *Mirada al hábitat, Ensayos Forhum 19*. Medellín: Escuela del Hábitat–CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Escuela Internacional del Hábitat y el Desarrollo Local. p. 54-68.
- _____ (2003). “Espacio y conflictos. Otras violencias y guerras en (de) la ciudad. Una mirada en Medellín”. En *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz*. Bogotá: Red de Estudios de Espacio y Territorio RET, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. p. 227-250.
- Escobar, Arturo (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Vitral, Grupo Editorial Norma.
- Hoyos V., Guillermo (2000). “Ética para ciudadanos”. En Torres, Carlos Alberto, Viviescas, Fernando, Pérez, Edmundo (comp.) *La ciudad: Hábitat de diversidad y complejidad*. Santafé de Bogotá: Ed. Universidad Nacional de Colombia. p. 82-108.
- Maffesoli, Michael (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: ICARIA.
- Múnera López, María Cecilia (1994). *Hacia un desarrollo no convencional*. Medellín: Serie Investigaciones 21, Centro de Estudios del Hábitat Popular CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.
- _____ (2007). *Resignificar el desarrollo*. Medellín: Serie Investigaciones 26, Escuela del Hábitat CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.
- Ortiz, Renato (1998). *Otro territorio*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Sennett, Richard (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sala, Virgilio (1992). *1000 preguntas sobre la vida de los animales*. Madrid: Ed. Susaeta.
- Touraine, Alain (1998). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.